



AVILA.—La típica torre de Crecente.

das por Alfonso VIII, Juan II y Enrique IV; el casamiento de Juan II con doña María de Aragón; la elección de don Alvaro de Luna como Gran Maestre de Santiago; la deposición de Enrique IV por una junta de nobles y prelados, que no vaciló en llevar a cabo aquella ceremonia conceptuada como la más humillante que registra la Historia, motivadora de la afirmación de que Avila al igual que hizo reyes los deshizo, y, finalmente, la reunión de los Comuneros de Castilla, en 1520.

Bastantes son esas líneas generales del pasado esplendoroso de Avila, a las que se puede agregar su vinculación a la excepcional fi-

gura de Santa Teresa, para comprender el relieve con que llegó a ofrecerse descollante, dentro de la geografía espiritual hispana, en aquel áureo siglo XVI, cuyo sentido místico y caballeresco se evoca magistralmente en *La gloria de don Ramiro*, de Larreta.

* * *

El viajero, conocedor de tal patrimonio ancestral, que llega ante Avila se siente invadido desde el primer momento por la emotiva impresión que produce la fisonomía de la ciudad, única en su clase de España y acaso del mundo, reflejo, en conjunto y en detalle, de singular adecuación de paisaje, emplazamiento y pétreo contextura al sentido del pasado.

El recinto murado abulense comenzó a ser edificado, como ya dijimos, en el último tercio del siglo XI, y para su construcción debieron de aprovecharse restos de antiguas fortificaciones romanas, según puede apreciarse por numerosos sillares con inscripciones antiguas que aparecen en la obra. Es fama que bendijo sus cimientos el obispo ovetense don Pelayo en el año 1090, y que en su construcción tomaron parte dos mil obreros, dirigidos por el maestro Alvar García, tardándose solamente nueve años en terminarlo. El perímetro de esta gigantesca labor de cantería, cuya longitud es de 2.526 metros, ofrece forma trapezoidal, con lienzos que flanquean 88 torres coronadas de almenas y salientes, de forma elíptica, defendidos por los adarves del recinto. La altura es de 12 metros y el espesor de 3. Ocho puertas dan acceso al interior: la del Alcázar, con la Torre del Homenaje, de almenada barbacana; la de San Vicente, entre colosales torres; la del Mariscal, con su portillo de arco apuntado al estilo oriental; la del Carmen, la del Rastro, la de San Segundo, la de Santa Teresa y la de la Malaventura. Del admirable y original plan que precedió al trazado y la manera cómo se concibió su desarrollo, a fin de conseguir la anhelada unidad defensiva, da perfecta idea de este pasaje alusivo de un cronista: "Las casas y castillos de los nobles, el palacio episcopal, la catedral y el alcázar real fueron construídos formando una línea paralela al interior de las murallas. Estas casas estaban fortificadas hacia el centro de la po-